

EVOLUCIÓN Y SEXUALIDAD

Hace más de 100 años, Charles Darwin constató que el ser humano estaba estrechamente emparentado con los animales, sobre todo con los primates. Actualmente, gracias a comparaciones de herencia genética, se sabe que el código genético de un ser humano y el de un chimpancé se parecen en un 98,5%. Esta diferencia no es mayor que la que existe entre el perro y el zorro, o entre el león y el tigre. Sin embargo, asombra que con tan poca diferencia genética exista tal abismo entre el hombre y el chimpancé, y más aún, con relación a otros animales, tanto en complejidad, como en conducta e inteligencia.

La diferencia mayor estriba en que el humano es un ser racional, y eso se lo debe en buena dosis a su cerebro que tiene tres veces el tamaño del órgano del chimpancé, y es el mayor en todo el reino animal.

Esa inteligencia humana hay que entenderla desde los mecanismos básicos de la evolución, de la que se deriva. La fuerza evolutiva más poderosa está en los seres humanos y es el haber logrado el éxito en la reproducción. El número de descendientes de un individuo es el aspecto más determinante de su importancia evolutiva, y cada uno establece en parte, las transformaciones evolutivas, en la medida en que engendra vida y la deja tras de sí.

Esto produjo en el hombre, que su cerebro influyese mucho más en la reproducción que en el caso de los otros animales, y en consecuencia, el humano posee una conducta de reproducción totalmente diferente.

Si los hombres son capaces de un pensamiento superior, se debe en primer lugar, a la estrategia de reproducción tan especial adoptada por los antepasados, que provocó el desarrollo particular del cerebro y la adaptación paso a paso, del resto del cuerpo a ese órgano evolucionado.

Actualmente se sabe que la conducta humana está movida por la conjunción entre la inteligencia y los hábitos y costumbres; es decir, está movida por la cultura; pero ésta descansa sobre los instintos básicos, y uno de esos impulsos más simples, es la sexualidad.

Los seres vivos más pequeños de nuestro planeta no se reproducen sexualmente; y con una sencilla división celular, un organismo unicelular puede generar millones de descendientes, todos idénticos a él. En cambio, en el humano predomina la sexualidad y constituye un tremendo papel en la sociedad humana.

Se ha dicho repetidas veces que en la lucha por la supervivencia, todo gira alrededor de lograr el éxito en la reproducción. El organismo unicelular lo consigue fácilmente por división directa, pero la situación es distinta, si se transforma el medio ambiente, pues sus descendientes se encontrarán en grave peligro, precisamente porque son todos iguales.

La especie se extingue cuando no se produce la adaptación adecuada, o cuando ésta no es posible; y la adaptación es más fructífera, cuando hay más variantes en una especie; lo que se consigue por reproducción sexual, favoreciéndose la supervivencia, incluso en condiciones diferentes.

En nuestros días, la reproducción sexual es prácticamente universal, y en ella, el papel de la hembra es el principal, y el del macho, secundario. Basta un sólo macho para fecundar a muchas hembras, por eso los machos no son "costosos" en este aspecto, y en el proceso de selección natural, la elección que hace la hembra cobra mayor peso. Además, como macho y hembra desean engendrar tantos descendientes como puedan, se fecundan todas las hembras posibles.

Para las hembras lo importante es encontrar una pareja fecunda, y han de hacer todo lo posible para encontrar el macho óptimo para la reproducción, empeñándose en distinguir a ese macho apropiado.

Existe todo un abanico de relaciones que se mueven, según las especies, entre dos polos: los "torneos sexuales" entre machos, cuyo vencedor se apareará con la hembra, y la unión duradera de macho y hembra o "unión de pareja". La mayoría de los mamíferos y primates se encuentran más cerca del torneo sexual, mientras que los pájaros y demás aves están más cerca del segundo sistema. Actualmente, los naturalistas pueden clasificar con gran precisión, a cada especie en esta escala.

El tipo de estrategia utilizado en cada caso, siempre está en función de la supervivencia de la mayoría. Por ejemplo, una especie animal que se reproduce cada poco tiempo, y cada vez trae al mundo muchas crías que necesitan pocos cuidados hasta convertirse en adultos, parece más aconsejable la elección de pareja sexual por torneo, para que sólo pocos machos y selectos, intervengan en la reproducción.

En el caso contrario, cuando nacen pocas crías y éstas requieren muchos cuidados hasta alcanzar la edad adulta, las hembras deberán elegir machos que les ayuden largo tiempo, en la tarea de mantener y cuidar a las crías.

En resumen, se puede decir que cuantas más crías nacen, menos energía hay que gastar en la crianza, y viceversa. Mientras los animales instintivos de vida corta y desarrollo rápido ponen el objetivo en las grandes

cifras, es decir que prefieren la cantidad a la calidad; los animales de larga vida, conductas inteligentes y cierta capacidad de aprendizaje, prefieren la calidad y se esmeran en la crianza de los pequeños.

Es interesante analizar en que puesto se ubica el ser humano en este abanico de posibilidades, y como repercute esto en el comportamiento sexual humano.

Los parientes más cercanos del ser humano, es decir, los primates superiores, son animales poseedores de cierta inteligencia, longevos y con descendientes muy desvalidos, que maduran lentamente. Esto requiere una unión de pareja, sin embargo, la mayor parte de los primates viven en poligamia y los machos no se preocupan en lo más mínimo por los pequeños. Esta paradoja se explica por el curioso comportamiento social de los primates, pues viven en grupos de muchos machos, donde reina una fuerte jerarquía de dominación, y por eso es muy raro que un macho pueda retener una hembra para sí solo.

El comportamiento de los machos de una horda de monos es una complicada combinación de torneos sexuales y relaciones de pareja. Los chimpancés, por ejemplo, muestran rasgos de poligamia, pero también de monogamia; pero los machos, casi nunca intervienen en el cuidado de los pequeños, aunque el período de crianza sea largo.

En el humano se da el período de dependencia y aprendizaje más largo hasta que se convierte en adulto; los niños son los más indefensos de todos los seres vivos, y de lo que esto implica, depende también, en gran medida, la inteligencia del ser humano.

En los seres vivos la inteligencia está en relación directa con la capacidad de aprendizaje, y gracias a la inteligencia, el humano puede adaptarse con rapidez al entorno, transformándolo. Cuando para una especie es crucial la necesidad de transformar su conducta rápidamente, con el fin de subsistir, la conducta instintiva, fijada genéticamente, podrá ser sustituida por comportamientos adquiridos y aprendidos. Pero esto sólo es posible cuando el cerebro es apropiado para escoger información con rapidez; e incluso en este caso, es imprescindible un largo período de pre-madurez, para que el conocimiento pueda ser adquirido.

La especie humana también tiene unas diferencias anatómicas y fisiológicas que se deben a su peculiar estrategia sexual; por eso los hombres y las mujeres son muy diferentes a los machos y las hembras en el reino animal.

Lo más específico es que en las mujeres no existe ningún síntoma externo de la ovulación, mientras que en casi todos los primates y mamíferos, existen muestras muy claras de la ovulación, reconocidas por ambos sexos.

La ovulación desencadena una serie de señales externas, o produce una atracción imperceptible que llama la atención del macho para emparejarse. En consecuencia, la atracción que siente el macho hacia la hembra está regida por la ovulación.

Lo curioso de la mujer, es que en ella no se puede establecer con exactitud ni siquiera con instrumentos muy avanzados, el momento exacto de la ovulación. Es interesante preguntar por la razón de este fenómeno.

Se sabe que para que se produzca el embarazo, el acto sexual tiene que producirse poco antes o después de la ovulación. Sólo parece haber una explicación biológica que concluye que las mujeres han logrado aumentar sus éxitos reproductores, y su porcentaje de aciertos.

En consecuencia, si la ovulación pasa desapercibida, la fecundación sólo es posible a través de relaciones sexuales bastante regulares. Más aún, la mayor parte de los actos sexuales no tienen la reproducción como fin en sí, sino otros intereses. En los antepasados humanos, estos actos llevaban claramente a un reforzamiento de la unión de pareja, lo que también produjo cambios en el cuerpo y en las conductas.

El niño, el ser más desprotegido de la naturaleza, no sobreviviría sin el cuidado continuo de sus padres, lo que sólo es posible cuando la pareja masculina ayuda; y es precisamente en esto, donde reside la estrategia de la mujer: encontrar un hombre dispuesto a ayudarlo con los retoños, durante largo tiempo.

Por esta razón, la atracción sexual durante la ovulación se va difuminando, mientras que la unión de pareja cobra importancia; pero, sería válido preguntarse si esto es sólo una suposición. Los científicos responden que se trata de una teoría comprobada.

Los hallazgos arqueológicos en el este de África, corresponden al antepasado más antiguo, es decir el homínido conocido como *Australopithecus afarensis* que vivió en las tierras de la actual Tanzania y Etiopía, hace 3 o 4 millones de años, y que aunque tenía el cerebro con un tamaño no muy superior al del chimpancé, era bípedo, como el humano actual. Sin embargo, el bipedismo no se debía a una necesidad de manejar herramientas, como se explicó frecuentemente, porque este individuo apareció más de un millón y medio de años antes que las primeras herramientas de piedra, y se supone que se puso sobre dos patas para poder agenciarse su alimento, transportarlo y elaborarlo con sus manos.

Esta provisión fue sin duda, la tarea encomendada a la pareja masculina, así la hembra tenía una gran ventaja para lograr el éxito en la reproducción y la supervivencia de su cría.

Otro indicio que demuestra esta conclusión, es la mandíbula del *Australopithecus*, pues en ambos sexos los colmillos son iguales, lo que no ocurre, por ejemplo, en los zambos, cuyos machos tienen prominentes caninos para rivalizar en los torneos.

El dimorfismo sexual se suele dar cuando la estrategia reproductora es del tipo torneo, y no se establece dentro del tipo de unión de pareja. Todo esto se puede resumir en cuatro puntos:

1. Existió una fuerte necesidad de reforzar el cuidado de la descendencia, por lo que para los antepasados era una gran ventaja, que el macho tomase parte en la crianza, indirectamente.
2. La actividad indirecta más eficaz en la crianza, fue la provisión de alimentos. De ahí la necesidad de andar en dos patas, logrando que se liberasen las manos para el transporte de alimentos.
3. La crianza se iba prolongando paulatinamente, por lo que la hembra elegía machos totalmente fiables en la provisión de alimentos.
4. La progresiva ocultación de la fase de ovulación, sirvió como cemento unificador de la relación de pareja, hasta que el estímulo sexual se convirtió en algo regular y constante.

De todo esto surgió el núcleo familiar, y fue tan fundamental, que todas las demás adaptaciones del cuerpo y de la conducta, se basaron en él. Por ejemplo, el pecho de la madre primate sólo aumenta de tamaño durante la lactancia, en cambio, la mujer tiene el pecho abultado en todo momento, desde la pubertad, lo que tiene como objetivo, la atracción permanente del hombre. Otro tanto se puede decir del reparto de la grasa corporal en las mujeres, que refuerza la femineidad de su figura y es el elemento de atracción para el hombre, o del crecimiento del vello corporal particular en las axilas y los genitales.

La atracción llega a convertirse en algo muy específico, y al ir sumando peculiaridades, no se dirige al sexo opuesto en general, sino a un individuo en concreto de dicho sexo; logrando como consecuencia, una fuerte cimentación de la relación de pareja.

La prolongación de la fase de aprendizaje contribuyó al aumento del tamaño del cerebro, hasta alcanzar una dimensión tal, que los recién nacidos no podían nacer maduros del todo, y requirieron aún cuidados más prolongados. Esto demuestra que sin una relación de pareja y sin la participación masculina en la crianza, la especie humana nunca habría podido llegar a adquirir una mayor inteligencia.

Otra cuestión que merece analizarse es la interpretación de la conducta de la mujer moderna, a la luz de la historia. Tanto la mujer como el hombre, han sufrido grandes transformaciones anatómicas durante los siglos de adaptación, y la estrategia reproductora humana tuvo que ser poderosamente fuerte, puesto que se trata de los impulsos de comportamiento más básicos.

Generalmente se ha dicho que con un cerebro grande es posible la gran ventaja de aprender nuevamente, el comportamiento correspondiente a cada nueva generación, en vez de tener la obligación de adoptar un programa de instintos demasiado rígido. Se ha podido demostrar, sin discusión, que el ser humano es el más moldeable de todas las especies en el terreno del comportamiento.

Determinados rasgos, prácticamente universales, de la mujer moderna, se encuentran determinados genéticamente, sobre todo, los instintos maternales y el deseo de formar una relación de pareja con un hombre especial.

Es interesante analizar las culturas antiguas donde se puede encontrar estos impulsos originales más remotos. No se debe cometer el error de pensar que en los pueblos considerados más primitivos, las mujeres mostraban formas de comportamiento más arcaicos que los de la mujer moderna. Al contrario, las normas sociales y las limitaciones sexuales adquiridas, como cualquier otro tipo de comportamiento, son generalmente más fuertes en las sociedades primitivas que entre los seres humanos actuales.

Por esta razón, es posible que fuera en la cultura industrial, cuando el ser humano pudo liberarse de todas las trabas y limitaciones, que durante largo tiempo, se preocuparon por hacer desaparecer las formas de conducta básicas y más simples.

Probablemente, la ordenación social actual ofrezca el mejor experimento que podamos imaginar, cuando se trata de volver a encontrar el principio originario. Si esto rige así, y existen muy buenas razones para ello, entonces son las formas de comportamiento que hoy conocemos en occidente, sobre todo la relación con alguna pareja buscada de antemano, la expresión de aquel comportamiento que en su día, trajeron al mundo los antepasados humanos. La femineidad y la masculinidad actual son probablemente tan antiguas como la humanidad.